

PALESTRA

Carta a los lectores que van a nacer (con un prólogo que la justifica y un epílogo que la hace prescindible)

Jorge Larrosa¹

El título de este texto es robado. Lo usó mi amigo Wanderley Geraldi, filólogo y escritor brasileño, para una conferencia que dictó en el Congreso de Lectura (COLE) que se celebró en Campinas (Brasil) en julio del 2004. Wanderley, por su parte, lo robó de un poema de Brecht. Los lectores y los escritores sabemos mucho de robos y de regalos, quizá las dos únicas formas de relación humana que escapan a la lógica económica de la reciprocidad y del intercambio. Voy a permitirme robarle también a ese texto los versos que lo encabezan:

Queria a palavra sem alamares, sem
chatilenas, sem suspensórios, sem
talabartes, sem paramentos, sem diademas,
sem ademanes, sem colarinho.
Eu queria a palavra limpa de solene.
Limpa de soberba, limpa de melenas.

(“No Aspro”, Manoel de Barros)

Prólogo

1.

Un libro es una “*especie de espacio*”² singular. Pero un libro es también un dispositivo temporal: una máquina del tiempo. En una novela muy hermosa de Ray Bradbury, los niños usan a uno de los más

viejos del lugar, a un militar retirado, medio loco y casi moribundo llamado Coronel Freeleigh, como una peculiar máquina del tiempo que les permite viajar hacia atrás como si estuvieran montados en un tren expreso. Se introducen en su habitación oscura y silenciosa, le dicen una fecha, y el viejo despierta de su duermevela, se traslada a esa fecha y empieza a hablar. Cuando el viejo muere, Douglas anota en su cuaderno:

Ayer murió Ching Ling Soo. Ayer la guerra civil terminó para siempre en este pueblo. Ayer murió aquí el señor Lincoln, y también el general Lee y el general Grant y otros cien mil que miraban al norte o al sur. Y ayer a la tarde, en casa del Coronel Freeleigh, una manada de búfalos tan grande como todo Green Town, Illinois, cayó por un precipicio hacia la nada. Ayer una gran cantidad de polvo se asentó para siempre. Y en ese momento no me di cuenta [...]. ¿Qué vamos a hacer sin esos búfalos?³.

Los viejos son máquinas de tiempo, especialmente los viejos locos: los que confunden los tiempos, los que ya no saben qué tiempo es el suyo ni en qué tiempo viven, los que ya no son capaces de dominar el tiempo, los que están fuera del tiempo. Los libros también son dispositivos temporales un poco locos: también en ellos se funden y se confunden los tiempos, también en ellos se sale del tiempo, o se ingresa en otro tiempo.

¹ Doutor em Pedagogia, pós-doutorado pelo Instituto de Educação da Universidade de Londres e pelo Centro Michel Foucault da Sorbonne, em Paris. Professor de Filosofia da Educação na Universidade de Barcelona.

² Se habrá reconocido la referencia a PEREC, G., *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos, 1999.

³ BRADBURY, R. *El vino del estío*. Barcelona: Minotauro, 2002.

2.

Mi propósito en lo que sigue es elaborar esa cuestión general de los libros como artefactos temporales. Una cuestión nada original por cierto. El maestro Borges decía que el libro “es una extensión de la memoria y de la imaginación”⁴. Y en esa cita suena el Fedro de Platón, ese diálogo maravilloso e infinito en el que el inventor de las letras, el egipcio Theuth, las presenta y las defiende ante el rey como fármacos de la memoria. Y la palabra “fármaco”, como se sabe, es ambigua, significa a la vez veneno y remedio, como si fuera una palabra de doble filo, como si apuntara a un beneficio y, a la vez, a un riesgo, a un peligro, como si llevara consigo una insalvable incertidumbre. En el albor mismo de la escritura, cuando la escritura era aún una práctica rara y extraordinaria, la pregunta por la relación entre la letra y el tiempo queda ya abierta en toda su radicalidad. Y algunos de sus exegetas contemporáneos, entre los que citaré a Jacques Derrida y a Emilio Lledó⁵, no hacen sino explorar alguna de sus posibilidades y alguna de sus paradojas.

En ese contexto, lo que voy a hacer aquí es tratar de modular esa cuestión general de un modo específico: lo que quisiera plantear aquí es que los libros son artefactos cuya existencia en el tiempo no puede pensarse históricamente, al menos si entendemos por Historia ese punto de vista lineal, continuo y progresivo en relación al que los seres humanos todavía tienden a ordenar los acontecimientos y también, desde luego, los libros y las obras de arte, en esos curiosos artefactos que llamamos Historia de la Literatura, Historia de la Filosofía, Historia del Arte, Historia de la Cultura, etc.. Los libros son máquinas del tiempo que no pueden tratarse desde esa perspectiva que consiste en convertir el tiempo en Historia, desde esa perspectiva historizadora o historizante que los hombres inventaron con la pretensión de dominar y de domesticar el tiempo, con la pretensión de imponerle una dirección, un argumento, una lógica, una trama, un sentido. Mi punto de partida, o mi petición de principio, es que el

tiempo, como el ser, se dice, o se da, de muchas maneras, y que la Historia no es el único modo en el que se dice o se da el tiempo. La Historia, así con mayúscula, no es sino el modo dominante del tiempo en la así llamada modernidad, la secularización de ese otro modo de pensar el tiempo que antiguamente se llamaba Providencia. Y lo que quiero hacer aquí es pensar los libros como dispositivos que desbordan y hacen estallar el modelo temporal de la Historia o, dicho de otro modo, explorar una consideración de los libros como máquinas del tiempo no históricas.

Voy a hablar entonces de la relación entre los libros y el tiempo desde el final de la Historia, del historicismo, de la conciencia histórica, del modo histórico de ordenar los textos y los acontecimientos. El tópico sería que ahora vivimos en la época de la geografía, en la época del espacio⁶. Pero los espacios (también los libros y las obras de arte, los museos y las bibliotecas, las ciudades, la naturaleza incluso, los espacios de todas las especies) están en el tiempo, son dispositivos temporales, están cargados de tiempo. Además, en tanto que todos esos espacios son espacios habitados por los hombres, espacios humanos y humanizados, el tiempo que los habita tiene la misma encarnadura que el tiempo humano: es tiempo vivido o, literalmente, duración. Y esa duración no puede ser pensada fuera de la finitud humana, es decir, fuera del hecho que los hombres son seres que nacen y que mueren, fuera del hecho de que el tiempo humano está escindido por la mortalidad y por la natalidad. Los libros están llenos de un pasado mortal, y están también, de un modo que habrá que precisar, abiertos a un porvenir que tiene la forma del nacimiento.

3.

Para eso, para mostrar el tiempo del libro como un tiempo no histórico, voy a usar el artificio retórico de una carta enviada a los lectores por venir. Permítanme, entonces, continuar este prólogo con

⁴ Es casi imposible hablar de libros sin citar en algún momento a Borges. Esta cita es de *Borges Oral*. Barcelona: Bruguera, 1980. p. 13.

⁵ DERRIDA, J. La farmacia de Platón. *La diseminación*. Caracas: Fundamentos, 1975. LLEDÓ, E. *El surco del tiempo*. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria. Barcelona: Crítica, 1992.

⁶ Ver, por ejemplo, BENOIST, J.; MERLINI, F. *Historicité et spacialité*. Le problème de l'espace dans la pensée contemporaine. París: Vrin, 2001.

alguna consideración sobre las cartas. Hay un filósofo alemán, Peter Sloterdijk, que comienza uno de sus libros con estas palabras:

Como dijo una vez el poeta Jean Paul, los libros son voluminosas cartas para los amigos. Con esta frase estaba llamando por su nombre, tersa y quintaesencialmente, a lo que constituye “la esencia y función del humanismo: humanismo es telecomunicación fundadora de amistades que se realiza en el medio del lenguaje escrito”. Y un poco más adelante: “es claro que el remitente de este género de cartas amistosas lanza al mundo sus escritos sin conocer a los destinatarios [...]; no deja de ser consciente de que su envío sobrepasa el alcance previsto y puede dar ocasión de que surja un número indeterminado de relaciones amistosas con lectores anónimos y, a menudo, todavía por nacer [...]. El texto escrito no sólo construye un puente telecommunicativo entre amigos consolidados que en el momento del envío viven espacialmente distantes uno del otro [...], sino que lanza una seducción a lo lejos [...], con el fin de dejar al descubierto como tal a ese desconocido amigo y motivarlo para que entre en el círculo. De hecho, el lector que se expone a los efectos de la carta voluminosa puede entender el libro como una invitación, y si tan solo se deja abrigar al calor de la lectura, es seguro que se personará en el círculo de los aludidos para allí dar fe de que ha recibido el envío”⁷.

Después de este arranque en el que la cultura literaria humanista se presenta como una especie de sociedad letrada, fundada en la amistad y dilatada en el tiempo, en el que los emisores saben de la imprevisibilidad de sus receptores y, aún así, se embarcan en la tarea de escribir cartas dirigidas a amigos no identificados, Sloterdijk arremete contra ese fantasma comunitario de la sociedad literaria, contra ese sueño de la secta o del club de los amigos que se intercambian cartas y que, en su proyecto expansivo y universalizante, se proyecta como una norma para toda la sociedad.

La época triunfante del Humanismo es, por tanto, la época dorada de la Pedagogía, la época en la que los intérpretes autorizados, los guardianes de los libros y de las bibliotecas, los maestros de lectura, no sólo presumían de un conocimiento privilegiado de cuáles eran las

cartas fundadoras de amistad, de comunidad, sino que se arrogaban la misión de incorporar a las nuevas generaciones en el círculo de los intercambios epistolares. Así, la comunidad humana ideal se convertía en una especie de comunidad de escritores y de lectores, en una especie de sociedad literaria, con cuyo modelo se construyeron, y todavía se construyen, tanto los estados nacionales como, en el límite, la idea misma de humanidad que subyace a eso que algunos todavía llaman “Humanidades”.

4.

Esta carta a los lectores que van a nacer es un dispositivo muy simple: lo único que pretende es buscar a un destinatario a través del espacio y del tiempo para darle noticia de la existencia de los libros.

Pero de lo que se trata es, primero, de explorar si ese gesto puede situar el libro *en otro tiempo que el de la Historia*, si puede insertarlo en el interior de un tiempo que no esté construido como continuidad sino como discontinuidad, en un tiempo que admita la novedad radical o, por decirlo en una sola palabra, el acontecimiento. El tiempo al que apela el libro sería así un tiempo escindido en el que los libros remitirían a un pasado otro que nuestro pasado y a un futuro otro que nuestro futuro.

Se trata también, en segundo lugar, de explorar si ese gesto puede situar el libro *en otro espacio que el de la comunidad definida por el Humanismo*, si puede insertarlo en el interior una comunidad dispersa, babélica, que no esté construida desde lo que los hombres tienen en común, desde lo que los hace iguales, sino desde lo que los hace diferentes. La comunidad a la que apela el libro sería así una comunidad plural, nada más que el espacio en el que los hombres despliegan sus diferencias, una comunidad, en suma, que admite la heterogeneidad radical o, por decirlo en una sola palabra, la alteridad.

En tercer lugar se trata de explorar si ese gesto puede insertar el libro *en otra transmisión que la de la Pedagogía*, si puede situarlo en el interior de una transmisión que no esté construida desde la intencionalidad sino desde la apertura, una transmisión que admita el acontecimiento, la alteridad o, dicho en una sola palabra, la natalidad. La

⁷ SLOTERDIJK, P. *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela, 2000. p. 19-23.

transmisión a la que apelaría el libro sería así una transmisión sin objetivos, sin finalidades, sin expectativas⁸.

Con todo ello me propongo también explorar, en cuarto lugar, si el libro puede ser todavía considerado como un patrimonio o como una herencia. La palabra “patrimonio” implica propiedad y los libros no son de nadie, a pesar del celo incesante de los que se creen sus propietarios o sus guardianes, y a pesar también de los reiterados y cada vez más poderosos intentos de apropiación de los libros por parte de las instituciones culturales, educativas, políticas o mercantiles. Pensar el libro como un “patrimonio público” nos llevaría a analizar qué significa considerar a los lectores como “público” y, más radicalmente, cuál es la naturaleza hoy de lo público: si todavía hay algo común entre los hombres que no esté capturado por los aparatos del capital o del estado. Por otra parte, la palabra “herencia” implica legitimidad para heredar y algo así como un testamento que establezca las condiciones para su acceso y para su reparto. E implica también una continuidad del mundo (entender el mundo como algo que se hereda y que se lega) que hoy, más que nunca, está en entredicho. La cuestión es si hablar de patrimonio o de herencia no nos sitúa aún, inevitablemente, en la perspectiva de la Historia, del Humanismo y de la Pedagogía. La pregunta, entonces, sería si pensar el libro desde otro tiempo que el de la Historia, desde otra comunidad que la del Humanismo y desde otra transmisión que la de la Pedagogía no supone también pensarlo *desde otra donación que la de la Herencia*.

5.

Pero quizá todo sea una cuestión de tono. El carácter ya anacrónico de la carta me permitirá imposter, sin demasiado pudor, un tono

de voz un tanto solemne y anticuado del que me es muy difícil escapar al tratar de los libros y de las lecturas. Pero el artificio de la carta, en tanto que designa un texto dirigido, en este caso, a un destinatario singular aunque desconocido, me permitirá también elaborar un discurso modulado a la vez como llamada y como deseo. Esta carta no es otra cosa que el deseo de un destinatario que falta (y del cual sólo puede presuponerse la falta) y la llamada a un destinatario cuya venida no está garantizada. Además, puesto que no se lo desea ni se le llama desde la Historia, ni desde el Humanismo, ni desde la Pedagogía, ni desde el Testamento, es decir, desde cualquiera de las modalidades discursivas que podrían, de alguna forma, anticiparlo, o producirlo, para así asegurar su respuesta, esta carta va dirigida, literalmente, a nadie.

Por eso, y a pesar de esa cierta solemnidad que se me ha hecho inevitable, esta carta pretende huir de cualquier grandilocuencia. El grandilocuente (término forjado, parece ser, por Cicerón, que asocia la palabra – *loqui* – a la enormidad, al exceso y a la desmesura – *grandis*) sería aquél cuyo discurso se construye sobre la discordancia entre aquello de lo que se habla y el tono con el que se habla. Además, y en tanto que se ampara en palabras tan infladas como vacías, el grandilocuente tiende a encerrar la multiplicidad de la experiencia en fórmulas necesariamente simplificadoras y reductivas. El grandilocuente habla en tono mayor y generalmente en voz alta, colocándose en el discurso como portavoz de gigantescas abstracciones. Por eso tiende a utilizar formas enfáticas que escamotean y disminuyen lo infinitamente variado y múltiple de la experiencia. La grandilocuencia es indiferente a la experiencia. Clément Rosset lo dijo así: “Conjurar lo real a golpes de palabras: así puede definirse, de modo general, la función de la grandilocuencia”⁹.

⁸ He explorado estos temas en otros lugares. Por ejemplo, LARROSA, J. Leer en dirección a lo desconocido (la aventura de leer en Nietzsche), La defensa de la soledad (para que nos dejen en paz cuando se trata de leer) e Imágenes del estudiar (historias sobre la transmisión y la renovación), caps. 14, 24 y 26 de *La experiencia de la lectura*. Estudios sobre literatura y formación. (Edición revisada y aumentada). México: Fondo de Cultura Económica, 2003. Dar a leer... quizá, Sobre repetición y diferencia y Entre las lenguas, caps. 1, 5 y 10 de *Entre las lenguas*. Lenguaje y educación después de Babel. Barcelona: Laertes, 2003.

⁹ ROSSET, C. L'écriture grandilocuente. *Le réel*. Traité de l'idiotie. Paris: Minuit, 1997. Ver también DERRIDA, J. *D'un ton apocalyptique adopté naguère en philosophie*. Paris: Galilée, 1983.

El amigo al que le he robado este título decía, en algún trecho de su conferencia:

Esta generación que se despide aprendió mucho. Se dejó iluminar por grandes metarrelatos. Soñó y trabajó. Muchos nos olvidamos de ser felices. Otros construimos nuestra felicidad en la lucha y, aunque sin paciencia para mirar el mundo, denunciábamos la insensatez de su destrucción. ¿Podemos dejar mensajes a los que van a nacer, además de pedirles que nos miren con simpatía? Tal vez tengamos que reconocer que nuestros tratados fueron siempre sobre la grandeza y que olvidamos la grandeza de lo ínfimo¹⁰.

En este párrafo, Wanderley escribe en el tono del poema de Brecht *A los que van a nacer*, ese que habla de una generación de luchadores fracasados que, cuando se dirigen a los hombres del futuro, sólo les pueden pedir que no sean demasiado despiadados con ellos, que los miren con simpatía. Pero, al final, se sirve del título de un libro de poemas de Manoel de Barros¹¹ para reivindicar una mirada que sea capaz de atender a la grandeza que hay en lo pequeño, en lo menor, en lo ínfimo.

No cabe duda que cualquier vindicación al uso de la importancia del libro y de la lectura tiende a la grandilocuencia, es decir, a subsumir lo singular y, por tanto, plural de las experiencias de lectura en un esquema político, social o cultural, a un metarrelato, que trataría de asegurar su inteligibilidad al mismo tiempo que las reduciría a la insignificancia. Y, en este sentido, tal vez sea hora de subrayar lo que la experiencia de la lectura tiene de insignificante con respecto a las ideas de Historia, de Humanidad, de Pedagogía e, incluso, de Patrimonio y de Herencia. Aunque solo sea para que seamos capaces de atender a lo que el libro y la lectura tienen de infinito y tal vez de incomprensible.

Carta a los lectores que van a nacer

1.

Las primeras palabras de esta carta no serán más sino de Paul Celan. Aunque ¿quién podría decir que son tuyas las palabras que

dice, las que escribe o las que lee? Palabras ajenas, entonces, palabras de otro, palabras ya de todos, o de nadie. Entonces, para comenzar, Paul Celan:

El poema [...] puede ser una botella arrojada al mar, abandonada a la esperanza – tantas veces frágil, por supuesto – de que cualquier día, en alguna parte, pueda ser recogida en una playa, en la playa del corazón tal vez. Los poemas, en ese sentido, están en camino: se dirigen a algo. ¿Hacia qué? Hacia algún lugar abierto que invocar, que ocupar, hacia un tú invocable, hacia una realidad que invocar¹².

Paul Celan dijo, o escribió, o leyó estas palabras en un discurso pronunciado en Bremen el 26 de enero de 1958, pocos meses antes de que yo naciera. Empiezo pues esta carta con unas palabras que preceden a mi nacimiento y que se han abierto paso a través del tiempo, a través del espacio, a través de la pluralidad de las lenguas, a través también de la muerte del poeta que las escribió... y que yo quiero enviarte a ti, lector desconocido, aún por nacer, al que Paul Celan invocaba como un lugar abierto, como una realidad anhelada, como una playa del corazón tal vez.

2.

Una carta es un curioso dispositivo. Suele estar encabezada por un lugar y una fecha, digamos que el lugar es esta ciudad, “Barcelona”, y la fecha la de hoy, “jueves 15 de marzo de 2007”. La fecha es la marca de un tiempo, de un ahora, cuyo destino es ser ya pasado, ya otro, en el momento de la lectura. Y el lugar es la marca de un espacio, de un aquí, desde la que se abre una distancia, y al mismo tiempo una comunicación, con el espacio, siempre otro, de la lectura. Una carta es un dispositivo que enlaza, sin hacerlos coincidir, tiempos y espacios o, dicho de otro modo, los comunica sin abolir su distancia, manteniéndolos en su diferencia, sosteniéndolos en su alteridad constitutiva.

¹⁰ GERALDI, J. W. *Mensagem aos leitores que vão nascer*. Campinas, 2004 (mimeo.).

¹¹ BARROS, M. de. *Tratado das grandezas do ínfimo*. Rio de Janeiro: Record, 2002.

¹² CELAN, P. Discurso de Bremen. *Rosa Cúbica*, Barcelona, n. 15/16, 1995, p. 50. (Traducción de José Ángel Valente).

Pero una carta como ésta, una carta a los lectores que van a nacer, tiene que estar escrita desde un lugar y un tiempo, desde un aquí y un ahora, mucho más genéricos. Esta carta, de hecho, ha empezado con otra fecha, la que sitúa en el espacio y en el tiempo las palabras de Paul Celan en las que compara el poema con una botella lanzada al mar. Además, si atendemos a su forma, esta carta, o este tipo de carta, empieza en el momento en el que los lectores y los escritores se sienten, por primera vez, herederos de una tradición y, al mismo tiempo, en la obligación de transmitirla a través del tiempo. Esta carta, entonces, empezó a escribirse hace muchísimos años y lo único que yo hago, aquí y ahora, es reescribirla y reenviarla. Podría decirse que esta carta es un episodio más de una larga serie de cartas que los lectores y los escritores de todos los tiempos han enviado hacia el futuro. Pero, al mismo tiempo, es otra carta. Esta vez soy yo el que escribo, otra vez y de nuevo, una carta a los lectores que van a nacer y, por tanto, me corresponde a mí fecharla. ¿Cuál será, entonces, la fecha que le conviene?

Mi tiempo, la época del mundo en la que te escribo, ha sido nombrado de muy distintas maneras: nos dicen que vivimos en la “sociedad del trabajo”, o en la “sociedad del tiempo libre”, o en la “sociedad del consumo”, o en la “sociedad poscapitalista”, o en la “sociedad líquida”, o en la sociedad del “capitalismo individualista”, o en la “posmodernidad”, o en la “hipermodernidad”, o en la “sociedad de la información”, o en la “sociedad del riesgo”, o en la “sociedad multicultural”, o en la época del “poscolonialismo”... y podría multiplicar los distintos modos en que, desde distintos puntos de vista, los hombres de hoy han nombrado y nombran su dificultad para comprender el presente, su perplejidad ante el presente. Pero yo voy a elegir, para fechar mi carta, una determinada situación existencial respecto al tiempo y respecto al mundo.

Te diré que esta carta que hoy y aquí te escribo está escrita desde un tiempo de crisis, de incertidumbre, de transición, tal vez como todos los tiempos, pero en el que, a diferencia de otros tiempos, nos es muy difícil orientarnos, como si hubiéramos perdido el sentido del tiempo. Y te diré también que esta carta está escrita desde un lugar al que nos es muy difícil llamar nuestra casa y que, por eso, que puede ser cualquiera de los lugares del exilio, de la extrañeza, de la extranjería, del afuera, del extrañamiento, del desarraigo.

Te diré, en primer lugar, que esta carta está escrita desde la forma particular que en el tiempo en el que yo vivo adquiere el hecho humano de vivir con conciencia de tiempo, de un tiempo que pasa, de un tiempo en el que todo pasa, en el que todo caduca y desaparece, en el que todo se transforma, en el que todo lo que se conserva lo hace transformándose, y de un tiempo también en el que algo desconocido nace continuamente, tal vez. Te diré que el tiempo humano, mi tiempo, el tiempo en el que te escribo esta carta, está escindido entre el ya no y el todavía no, está constituido como una brecha en el tiempo, como un presente móvil y movedizo, siempre incomprensible, en el que todo lo que tiene sentido se desvanece ante nuestros ojos, y en el que lo que nace, lo que se anuncia, lo que viene, no lo comprendemos. Te diré que el tiempo en el que vivo es un tiempo que ha perdido su orientación, sus referencias, el sentido de lo que podría ser su origen y de lo que podría ser su fin o su finalidad. Por eso te escribo desde la sensación de que esta carta no tiene un origen que podría darle un fundamento ni una finalidad que podría darle un sentido.

Y te diré también, en segundo lugar, que esta carta está escrita desde la forma particular que en este mundo en el que vivo adquiere el hecho humano de habitar un mundo, de tener un mundo, de vivir con una cierta conciencia del mundo. Te diré que el mundo humano, mi mundo, el mundo en el que habito, es un mundo que se nos ha hecho extraño, al que no podemos sentirnos próximos, al que a la vez pertenecemos y no pertenecemos, un mundo respecto al que siempre estamos a distancia, al que es muy difícil amar.

En el tiempo en el que yo vivo se extiende el desarraigo respecto al pasado y el no saber a qué atenerse respecto al futuro. Y se extienden también los espacios inhóspitos y vacíos que no son ya casa o morada para la vida de los hombres, lugares de sentido, lugares públicos en los que los seres humanos aparecen entre los otros y tratan de elaborar, con ellos, el sentido o el sinsentido, de sus vidas sino, simple y llanamente, contenedores para el trabajo, el consumo y la circulación: espacios también del desarraigo.

3.

Una carta suele llevar también el nombre y la dirección de su destinatario. Pero a ti, lector aún por nacer, no puedo conocerte. No sé

ni cómo te llamas ni dónde estás. Lo único que sé de ti o, al menos, lo único que me permite invocarte, es que vas a llegar a un mundo en el que tratarás de sentirte en casa, y a un tiempo que se te escurrirá de entre los dedos siempre que trates de atraparlo. Y sé otra cosa más: que para ti, venir al mundo y venir al tiempo es inseparable de venir al lenguaje. Sé que tú, como yo, como nosotros, porque quizá eso sea lo único que pueda crear entre tú y yo algo así como un nosotros, eres también un ser lingüístico, un animal de palabras, un viviente cuya vida es, entre otras cosas, una torpe y a veces desesperada y a veces imposible búsqueda de sentido.

Entonces, es así como te invoco: a ti, lector desconocido, aún por nacer, que vienes al tiempo, a un tiempo que no será ni la repetición de mi tiempo ni la continuación de mi tiempo, porque será tu tiempo, un tiempo otro en el que yo no estaré... o a ti, lector desconocido, que vas a nacer, que vas a venir al mundo, a un mundo que no será ni la repetición ni la continuación de mi mundo, porque será tu mundo, un mundo otro que yo no podré habitar... o a ti, lector desconocido, todavía no nacido, que estás viniendo al lenguaje, a un lenguaje que no será ni la repetición ni la continuación de mi lenguaje, porque será tu lenguaje, un lenguaje otro que yo no podré ni hablar ni comprender.

4.

Quiero enviarte ahora otras palabras ajenas, una especie de cuento, o de apólogo, muy hermoso, casi una parábola, que escribió un filósofo llamado José Luis Pardo:

Del campo de concentración de Westerbork, en Holanda, salieron, durante la segunda guerra mundial, 93 trenes, cada uno de ellos con unos mil deportados, trenes que hacían el trayecto hacia Auschwitz en cuatro días y tardaban otros cuatro en regresar para recoger una nueva carga. Al cabo de unos cuantos viajes, un ayudante de la enfermería del campo holandés se dio cuenta de que siempre eran los mismos trenes los que hacían el transporte. A partir de ese momento, los deportados dejaron mensajes ocultos en los vagones, mensajes que volvían en los

trenes vacíos [...]. Las obras de arte se parecen a esas notas: están siempre en lugares de tránsito [...]. Los artistas no son mejores que ellos [...], simplemente hicieron el viaje primero y dejaron esas inscripciones para que quienes les sucedieran pudieran vivir algo que, de otro modo, resultaría insufrible [...]: le enseñaron que su dolor, su falta de refugio, no era el primero, que no era original sino repetido, que ya había otros hombres que lo habían padecido y que ahora ellos, los nuevos viajeros, podían mirarse en esas notas como en un espejo en el cual llegar a sentir su propio dolor que, entonces, se convertiría en un dolor común, compartido. Eso – las notas de los trenes con destino a Auschwitz, las obras de arte – no libra a nadie de su dolor [...], simplemente permite vivirlo, permite alentar, seguir respirando a pesar de la desolación, la muerte, la mezquindad y la estupidez y en medio de ellas. Puede que esas notas parezcan muy poca cosa, casi nada. Pero son literalmente vitales para quienes estamos en ese tren o sabemos que algún día haremos de hacer ese viaje¹³.

5.

Ese curioso dispositivo al que llamamos carta suele llevar también una firma, la firma del que la escribe y la envía. Tendría entonces que presentarme, y decirte quién soy, y escribir mi nombre... pero en este caso mi nombre no importa. Lo que importa, sobre todo, es en nombre de qué, o de quién, te escribo. Y lo único que puedo decirte es que te escribo porque quiero darte noticia de que en ese tiempo otro, en ese mundo otro y en esa lengua otra a los que tú vas a nacer habrá, tal vez, cosas como botellas lanzadas al mar tenebroso (porque el mar es siempre tenebroso) o notas escritas en los rincones escondidos de los vagones (porque los vagones siempre tienen rincones oscuros y escondidos). Cosas como poemas y obras de arte que también están en mi tiempo, en mi mundo y en mi lengua (que también son tenebrosos y también tienen rincones escondidos). Cosas que son casi nada y, al mismo tiempo, para algunos de nosotros, tienen una importancia, literalmente, vital. Cosas que nosotros hemos recibido de otros y que, algunos de nosotros, vamos a tratar de conservar para

¹³ PARDO, J. L. A cualquier cosa llaman arte. Ensayo sobre la falta de lugares. In: LARROSA, J.; SKLIAR, C. (Eds.). *Habitantes de Babel*. Políticas y poéticas de la diferencia. Barcelona: Laertes, 2000. p. 333-334.

dejártelas como un regalo, como un don. Te escribo pues en nombre de los lectores, de cierto tipo de lectores.

Te escribo, en primer lugar, en nombre de los lectores vitalistas y vividores, aquellos para los que la lectura es una experiencia vital o, dicho de otro modo, aquellos que leen no por amor a los libros sino por amor a la vida, aquellos para los que la lectura es esencial en su forma de sentir o de palpar o de saborear la vida, aquellos para los que leer es inseparable de su conciencia de estar vivos, de su sentimiento de estar vivos, y de la intensidad de estar vivos, aquellos para los que la lectura es una forma de estar conectados con su vida.

Y, te escribo, en segundo lugar, en nombre de un tipo muy especial de lectores: los lectores que dan a leer. O, dicho de otro modo, los lectores cuya vida está empeñada en la transmisión y en la renovación de la lectura. Un filósofo llamado Emmanuel Lévinas lo escribió así:

La transmisión comporta una enseñanza que ya se dibuja en la receptividad misma del aprender y la prolonga: el verdadero aprender consiste en recibir la lectura tan profundamente que se hace necesidad de darse al otro: la verdadera lectura no permanece en la conciencia de un solo hombre sino que estalla hacia el otro¹⁴.

Te escribo, entonces, en nombre de los lectores en los que se conjuga la pasión de aprender y la pasión de enseñar, la pasión de recibir y la pasión de dar, la pasión de leer y la pasión de dar a leer. Y la pasión de vivir, claro, también la pasión de vivir.

6.

El filósofo Miguel Morey, uno de esos lectores que da a leer, y que entiende la lectura no como conocimiento sino como sabiduría, es decir, como una forma de vida, tradujo un libro de Giorgio Colli, otro de esos lectores sabios que dan a leer, concretamente un curso sobre Zenón de Elea. Y, en el posfacio de ese libro, Miguel caracteriza de este modo a los lectores vitalistas que dan a leer, a esos seres extraños y generosos en nombre de los que te escribo:

Que las páginas que siguen son un regalo es bien evidente [...]. No podía ser de otra manera: tantas miles de horas empleadas en transmitir, explicar o refutar los principios enunciados por Zenón, de Aristóteles a Teofrasto y de este a Simplicio, de Diels a Colli y de éste a Berti, hasta llegar finalmente a este traductor que ha intentado ofrecértelas a ti, lector, sin que perdieran un ápice de su nobleza. Tantas horas de la vida despierta de tantos hombres no podrían constituir otra cosa sino un homenaje a la inteligencia, sin más, a la generosidad de la inteligencia. Aunque nos llegue así de sutilmente, como la vibración ultimísimo de un bronce tañido en lo remoto, eco de un eco de un eco, si se quiere, pero de aquellas palabras mediante las que unos hombres osaron hacer de la sabiduría su forma específica de santidad¹⁵.

Te escribo pues como lector, como uno de esos lectores cuya función y cuyo privilegio es transmitir a otros lo que leen, hacerlo pasar a través del tiempo, a través de las lenguas, a través de las generaciones, darlo a leer.

Pero si me dirijo a ti invocando tu nacimiento, debo, por mi parte, en justa correspondencia, escribirte desde mi mortalidad. Yo, como tú, también nací demasiado tarde a un mundo que ya estaba allí. Y mi vida, como la tuya, será corta, siempre demasiado corta. Cabellos blancos coronan mi cabeza y tú, lector incierto y desconocido, aún estás por nacer. Cuando recibas esta carta, yo estaré muerto. Te escribo pues como un ser mortal que se dirige a otro ser mortal con el que nunca podrá encontrarse. Te escribo sabiendo que tú y yo estamos irremediablemente separados, que la distancia que hay entre nosotros no tiene mediación ni remedio. Te escribo sabiendo que no hay puente alguno que permita salvar el abismo que no separa. Te escribo pues desde una diferencia insalvable, desde una distancia sin consuelo: desde la irremediable distancia que siempre hay entre el que habla y el que escucha, entre el que escribe y el que lee, entre el que da y el que recibe, entre cualquier yo que invoca y cualquier yo invocado. Pero aún así te escribo.

Te escribo, entonces, sabiendo que el tiempo que nos separa es un tiempo discontinuo. Quiero decirte con eso que el pasado no será

¹⁴ LÉVINAS, E. *L'au-delà du verset*. Paris: Minuit, 1982. p. 99.

¹⁵ MOREY, M. Giorgio Colli, penúltima lección, Posfácio de G. Colli. *Zenón de Elea*. Madrid: Sexto Piso, 2006. p. 184.

nunca mi pasado, que nunca será algo de lo que yo me pueda apropiar, que nunca podré hacer mío, y que el futuro tampoco será nunca mi futuro. Y a eso, a un futuro que no será mi futuro, a un futuro que no puede ser el mío, lo podríamos llamar porvenir. El futuro tiene que ver con lo previsible, con lo predecible, con lo que se puede anticipar y, de algún modo, proyectar. Pero tú, lector aún por nacer, no eres previsible, ni predecible, ni anticipable y, desde luego, sería muy arrogante por mi parte pensar que puedes ser mi proyecto. El porvenir, sin embargo, tiene que ver con lo que viene... con lo que viene como novedad, como milagro, como libertad, como sorpresa, como acontecimiento, como nacimiento. Y lo único que puedo presuponer de ti, en esta carta, es que vas a venir, que vas a nacer. Si el futuro tiene que ver conmigo, con mi saber, con mi poder y con mi voluntad, con lo que yo puedo, de algún modo, fabricar... el porvenir tiene que ver con lo que nace, con lo que está más allá de mi saber, con lo que yo no sé, con lo que está más allá de mi poder, con mi impotencia, con lo que está más allá de lo que yo quiero, con lo que escapa a mis intenciones, incluso a mis mejores intenciones. Y yo no sé nada de ti, no puedo nada contigo y, desde luego, no quiero nada de ti. Yo no quiero definirte desde mi saber, o fabricarte desde mi poder, o anticiparte desde de mis objetivos, desde mis proyectos. Por eso no eres un lector futuro, sino un lector por venir.

7.

Emmanuel Lévinas, ese que nombraba con la palabra “estallido” la relación entre el que recibe y el que da la lectura, ese que decía que la lectura, cuando se recibe con la suficiente profundidad, “estalla hacia el otro”, hacia un otro que, aunque sea imprevisible y desconocido, es siempre un tú concreto y singular, una singularidad cualquiera, pensó esa relación entre generaciones que no es la de la continuidad ni la de la presencia en términos de “fecundidad”. Lévinas lo decía así: “Un ser capaz de otro destino que el suyo, es un ser fecundo”¹⁶. Otro destino que el suyo significa algo así como un destino que no es la repetición de su destino, ni la continuación de su destino, porque es un destino otro, o un destino del otro, un destino, en defi-

nitiva, del que nunca se podrá apropiar. Podríamos variar esa cita y decir, por ejemplo, que un tiempo capaz de otro destino que el suyo es un tiempo fecundo, o que una vida capaz de otra vida que la suya es una vida fecunda, o que una palabra capaz de otro destino que el suyo es una palabra fecunda, o que un pensamiento capaz de otro destino que el suyo es un pensamiento fecundo. Y la fecundidad, ¿no tiene que ver con el hecho de nuestra finitud, con el hecho de que nacemos y morimos, con el hecho de nuestra común mortalidad? Sólo un ser mortal es fecundo, sólo un tiempo mortal, o una vida mortal, o una palabra mortal, o un pensamiento mortal, pueden ser fecundos, es decir, son capaces de que algo otro nazca de la entrega de su propio tiempo, de su propia vida, de su propia palabra, o de su propio pensamiento. La generosidad de los que dan a leer, esos en nombre de los que te escribo, tal vez sea algo así como la generosidad de la fecundidad.

Pero en la escritura y en la lectura no se trata de esa fecundidad legítima y legitimada por las instituciones del parentesco, esa que transmite un nombre, un patrimonio y una herencia, sino de la fecundidad dispersa, imprevisible, desordenada y salvaje de la diseminación.

8.

Ya sabes quién te escribe esta carta, desde dónde la escribe y de qué manera te busca y te invoca para dirigirse a ti a través del tiempo con la esperanza, tan frágil por supuesto, de encontrarte. Te diré ahora por qué te escribo. Además de una fecha, una dirección y una firma, una carta lleva también un mensaje. Las cartas se escriben porque alguien quiere decirle algo a alguien. Así que te escribo, lector desconocido, para darte algo o, mejor dicho, para hablarte, o darte noticia, de un don. No se trata, desde luego, de un patrimonio, porque eso de lo que quiero hablarte no tiene dueño. No se trata tampoco de una herencia, porque la recepción de eso de lo que quiero hablarte no exige ningún título, ninguna credencial, ningún documento de identidad, ningún testamento. Además, ese don del que quiero hablarte siempre te deja libre de aceptarlo o de rechazarlo o, simplemente, de ignorarlo. Quiero hablarte de botellas lanzadas al

¹⁶ LÉVINAS, E. *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 1977. p. 289.

mar, de notas escondidas en los vagones de tren, de ecos de ecos de ecos, de lecturas que estallan hacia un destino, o una destinación, o un destinatario que nunca será suyo, de palabras fecundas, de palabras escritas que yo quisiera darte a leer.

Te escribo, entonces, desde la doble responsabilidad que constituye a los lectores que dan a leer. Esa responsabilidad tiene que ver, en primer lugar, con lo que he recibido, con lo que me viene de antes de mí, con lo que me precede, con lo que yo he sido capaz de acoger... y tiene que ver también, en segundo lugar, con lo que te doy, con lo que te destino, con lo que te dirijo a ti, lector por venir, que estás más allá de mí. Y cada una de esas dos responsabilidades contiene una paradoja interna. Como lector, mi manera de recibir, o de responder, a lo que me viene, no puede ser otra que un escoger, un preferir, un sacrificar, un excluir, un reinterpretar, un criticar, un desplazar, un decidir, un malinterpretar incluso. Para ser fiel a lo que he recibido, para mantenerlo con vida, he tenido que serle infiel. O, dicho de otro modo, he tenido que leer. En ese sentido, ¿no será la lectura, al mismo tiempo, fidelidad e infidelidad? Además, mi manera de dar, o de enviar, el don, no puede ser otra que la de un dejar vivir, que la de un desprenderme yo de él para que tú, lector desconocido, lo mantengas con vida, lo acojas, te hagas cargo de él, pero siéndole tú también infiel, a tu manera, es decir, para que tú lo leas y lo reescribas, lo leas reescribiéndolo.

9.

Antes te decía que mi nombre no importa. De hecho no te escribo en mi nombre sino en el nombre de esos seres extraños que son los lectores que dan a leer. De ahí la voz que habita esta carta. La voz es la marca de la subjetividad en la escritura. Y en una carta, la voz se configura en la tensión entre el que la escribe y el destinatario. Por eso una carta, en tanto que está escrita por alguien y para alguien, no puede ser afónica. Mi voz, en esta carta, te invoca, es decir, te llama y te desea. Esta carta que te invoca como un lector por venir quisiera, entonces, hacerte venir, darte un lugar para que vengas. Aunque ese

lugar serás tú quien lo abra en el acontecimiento mismo de tu venida. Con esta carta, yo no pretendo otra cosa que darte un lugar que, sin embargo, no puedo proyectar, ni definir, ni anticipar.

Además, esta carta es una carta colectiva. En ella te escribo yo, desde luego, pero te escriben también todas la voces que he mezclado con la mía o, mejor dicho, todas las voces que constituyen la mía. Mi voz, que es una voz de lector, está hecha de todas las voces que me han sido dadas. Por eso es mía y no lo es, al mismo tiempo. Esta carta que yo hoy, aquí, te escribo, es, entonces, una carta polifónica, hecha de muchas voces, como un tejido o una trama de voces. Y tú no me leerás a mí, sino a mi voz, es decir, al modo como yo he tramado o he tejido para ti una polifonía en movimiento.

10.

Con todas las voces que he tramado, quiero hablarte, lector por venir, de un don hecho de palabras que viajan llevadas por el mar, o por el eco, o por los vagones de tren. También esta carta que te busca está hecha de palabras, de las mías y de las de otros. ¿Acaso serán esas palabras las que nos unan? ¿Las palabras que hablan de palabras, las que envían palabras? ¿Las palabras que te envío a través del tiempo y del espacio, las que quiero darte a leer?

El poeta Antonio Porchia escribió: “Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo”¹⁷. Y, en esa estela, otra poeta, Alejandra Pizarnik: “cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa”¹⁸.

Estas palabras que te envío, lector por venir, estas palabras que te doy para hacerlas durar, para insertarlas en el tiempo, para ponerlas en movimiento, serás tú el que las leas. Y las leerás con tu propia voz, con tu propia lengua, con tus propias palabras, en tu propio mundo, en tu propio tiempo. Por eso yo no puedo saber lo que estas palabras te van a decir. Las palabras serán las mismas, pero lo que digan serás tú quien lo diga, serás tú quien lo lea, serás tú quien lo escriba. Te envío estas palabras no porque son mías, sino para que sean tuyas.

¹⁷ PORCHIA, A. *Voces*. Buenos Aires: Edicial, 1989. p. 111.

¹⁸ PIZARNIK, A. *Poesía completa*. Barcelona: Lumen, 2005. p. 283.

Por eso, cuando tú, que eres otro, las leas, las recibas, las reescribas, te hagas cargo de ellas... entonces estas palabras serán las mismas que las que yo te envío pero, siendo las mismas, no dirán lo mismo: dirán además más y otra cosa.

11.

Sólo me queda despedirme de ti o, lo que es lo mismo, despedirme de esta carta, de estas palabras que te he escrito, para que vaya a tu encuentro. Te decía al principio de esta carta que el poeta Paul Celan te anhelaba como una playa del corazón al otro lado del mar. El mismo Celan escribió que “la poesía no se impone, se expone”¹⁹. Ninguna pretensión, entonces, de imponerte este don. Como lector que da a leer no soy su propietario, ni su guardián, ni su depositario, ni su administrador, ni su intérprete legítimo. Sólo he querido exponerlo ante ti para que seas tú el que, tal vez, libremente, se exponga a él. Como una playa del corazón, tal vez. Para que le seas fiel e infiel, a tu manera. Para que encuentres en él, y con él, una manera de decir y de decirte que será la tuya. Para que tú, por tu parte, lo entregues a otros y lo mantengas con vida, para que lo abras a su diferencia, es decir, a su fecundidad. Adiós pues.

Epílogo

1.

El prólogo a esta carta comenzaba reconociendo un robo. Voy a comenzar este epílogo con otro robo, esta vez de una historia. La historia es de Paola Roa, una promotora de lectura que trabaja para una asociación llamada Asolectura que realiza sus actividades en Colombia y a la que conocí el año pasado mientras recorría ese país tan hermoso y tan desgarrado hablando sobre los libros y sobre la lectura.

Paola, en Bogotá, va todos los viernes a leerles a los mendigos que pasan por el albergue del Hospital de Santa Clara, solo hombres, en su mayoría analfabetos, algunos de ellos con un pasado “normal” en el que distintas circunstancias los han empujado a la miseria. Está Roberto, un antiguo empresario que se enamoró de una adolescente drogadicta que

lo llevó a la ruina. Está Javier, un viejo ladrón que tuvo sus momentos de éxito, de riqueza y de poder incluso, y que recorrió medio mundo traficando antes de engancharse él mismo. Está también Jaime, un joven bohemio, hermoso, seductor, gran lector, adicto al basuko, y del que se enamoró perdida e imprudentemente una de las médicas del hospital que, desde entonces, le regala libros y comida y, alguna vez, le deja dormir y bañarse en su casa. Y Adriano, un hombre que abandonó su casa a los nueve años y que había vivido casi cincuenta en El Cartucho, el barrio de los indigentes de la ciudad, ahora convertido en parque. Paola no pretende comprenderles, ni ayudarles. No se propone objetivos pedagógicos, ni sociales, ni políticos, ni de ningún otro tipo. Simplemente va y lee. Los oyentes se mantienen alejados en su incomprendibilidad, en su alteridad, pero ella, a veces, los siente enormemente próximos en la lectura, en la emoción de la lectura. Cada semana hay nuevos oyentes y algunos de la semana anterior han desaparecido. La semana que conocí a Paola les había leído las *Nanas de la cebolla*, de Miguel Hernández. Otro día leyó *Los heraldos negros*, de Vallejo. Y *Diles que no me maten*, de Rulfo. Y algo de Kafka, el principio de *La Metamorfosis*. Paola es una joven estudiante de literatura que lee cuentos y poemas a los mendigos de Bogotá. Porque sí, por si acaso, por entregar algunas formas de belleza que puedan endulzarles el paso del tiempo. Y algunas palabras en las que puedan leer y sentir, tal vez, su propia vida. Los mendigos le dicen que es linda, y que es joven, y que es mujer, y que lee bonito, y tal vez eso sea suficiente. Le digo que debería escribir esas historias. Ella me dice que tiene un diario, algunas notas, que tal vez algún día. Paola roba ese tiempo de lectura con los mendigos a otras urgencias, a otras necesidades. Lo roba para regalarlo. Y trata de contar en su diario lo que ha querido hacer, lo que ha hecho, también lo que le ha pasado, sobre todo lo que le ha pasado. Tal vez su diario sea la única huella que dejen esas lecturas que no entrarán nunca en la contabilidad de las estadísticas y que no dependen de las políticas institucionales de lectura.

Imagino la sala del Hospital de Santa Clara y el silencio de los mendigos. Y el verso: “Hay golpes en la vida tan fuertes... yo no sé!”²⁰.

¹⁹ CELAN, P. *Le méridien et autres proses*. Paris: Seuil, 2002. p. 51.

²⁰ VALLEJO, C. *Los heraldos negros*. In: *Obra poética*. Madrid: Archivos, 1998.

O la historia de Gregorio Samsa que una mañana se despertó convertido en escarabajo. Paola me cuenta que vivían miles de indigentes en El Cartucho. Y que, cuando los expulsaron para derribar las casas, hubo algunos muertos, “limpieza social” se dice. Imagino entonces, con un escalofrío, cómo suenan ahí las palabras del padre que envía al hijo a rogar por su vida en el cuento de Rulfo:

“¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad [...] Cuéntales lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacarán con matarme?”²¹.

Las Nanas de Miguel Hernández no alimentan a nadie, no quitan el hambre, no sacan a nadie de la miseria. Como tampoco el cuento de Rulfo será capaz de salvar ninguna vida. Ni la terrible parábola de Gregorio Samsa podrá evitar que las personas que son percibidas como anómalas o como monstruosas puedan escapar al encierro, al abandono y tal vez al asesinato. Pero tal vez en esa rueda de lectura con los mendigos de Bogotá, alguna vez, pase algo.

Paola me cuenta que anoche la atracaron. Tres niños. Al ver sus libros le preguntaron si era profesora. Uno de ellos tiró los libros al suelo y dijo: “¡Esto no sirve ni pa mierda!”. Otro: “Pero vea, marica, ¡esta vieja tiene dos tarjetas! ¡Llévemola al cajero!”. Y el tercero: “No, huevón, que allí hay mucha gente”. A lo que el que había tirado los libros contestó: “Pero, ¡ay, marica, fíjate si tiene plata! ¡que tengo hambre yo, que tengo hambre!”. El hambre está allí. Un poeta le puso palabras al hambre de los niños. A Paola le sacan el dinero, por hambre, y ella recoge del suelo un libro de poemas en el que también está el hambre. Y lo guarda en su mochila de profesora para leerlo en el albergue de los pobres donde sonará en medio del hambre.

¿Qué dice esa historia? No sé. Seguramente algo que todos sabemos. Algo que no habla ni de Historia, ni de Humanismo, ni de Pedagogía, ni de Patrimonios o Herencias. Pero que hay que seguir pensándolo y contándolo.

2.

El prólogo a esta carta comenzaba también con eso de que los libros son unas especies de espacio muy especiales. Era, desde luego, un guiño a los lectores de Perek, pero además más y otra cosa. Los libros pueden considerarse como extraños dispositivos de espacialización del tiempo y de temporalización del espacio. En los libros y en las bibliotecas el tiempo se hace espacio y el espacio se hace tiempo. La carta a los lectores que van a nacer no pretendía ser otra cosa que una ejercicio en el que esos espacios que son los libros se insertasen en unas formas de temporalidad, en unas especies de tiempo, que no sean las del futuro sino las del porvenir, que no sean las del patrimonio o las de la herencia sino las del don, que no sean las de la continuidad sino las de la fecundidad, que no sean las de lo ya dicho sino las de lo aún por decir. Y el libro de Perek termina, justamente, con un fragmento en el que el tiempo se hace espacio, se hace escritura, y en el que el espacio, la escritura, se proyecta en el tiempo. La cita es, quizá, demasiado larga, pero este texto está hecho de citas y ésta, creo, vale la pena. Además, voy a permitirme una licencia: voy a cambiar la palabra “lugar” y la palabra “espacio” por la palabra “libro”, y voy a introducir, una sola vez, la palabra “leer” y la expresión “dar a leer”. La cita, modificada, es la siguiente:

Me gustaría que hubiera libros estables, inmóviles, intocables y casi intocables, inmutables, arraigados; libros que fueran referencias, puntos de partida, principios [...]. Tales libros no existen, y como no existen el libro se vuelve pregunta, deja de ser evidencia, deja de estar incorporado, deja de estar apropiado. El libro es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo, leerlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo. Mis libros son frágiles: el tiempo va a desgastarlos, va a destruirlos [...]. El libro se deshace como la arena que se desliza entre los dedos. El tiempo se lo lleva y sólo me deja unos cuantos pedazos informes. Dar a leer: tratar de retener algo meticulosamente, de conseguir que algo sobreviva: arrancar unas migajas precisas al vacío que se excava continuamente, dejar en alguna parte un surco, un rastro, una marca o algunos signos²².

²¹ RULFO, J. Diles que no me maten. In: *El llano en llamas*. Barcelona: Anagrama, 1995.

²² PEREC, G. *Especies de espacios*. Op. cit. p. 139-140.